

NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 50 CÉNTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

«Lagartijo y Frascuelo», por D. Antonio Peña y Goñi.—«Carreras y Corridos», por M. del Todo y Herrero.—«Lagartijo, Frascuelo y Mazzantini en Valencia», por E. Churas.—Anuncios.

LAGARTIJO Y FRASCUELO.

Y SU TIEMPO

SEGUNDA PARTE

LAGARTIJO Y FRASCUELO

1

Aparición de Rafael Molina en la plaza de Madrid.—Ovación y cogida.—Sobresaliente de espada.—La alternativa.—Primera contrata.—La lucha.—El maestro y el discípulo.—Lagartijo y el Gordito en Cádiz.—Coleos y recortes.—La cogida de Rafael.—Conducta del Gordito.—Comunicados, subvenciones y alabarderos.—Segunda cogida de Lagartijo en Madrid.—Carmona y *El Enano*.—Salvador Sánchez en Madrid.—Mojigan-gas.—El novillero.—Alzas y bajas.—Banderillero y sobresaliente de espada.—La alternativa de Frascuelo.—La cogida.—Dos gallos.—En busca de la verdad.

En la tarde del domingo 13 de Setiembre de 1863, verificóse en Madrid la 15.^a media corrida de toros de la temporada, lidiándose tres toros de D. Antonio Miura y tres de Don Rafael José de la Cuña (Lisboa), por Francisco Arjona Guillén, Cúchares, Antonio Sánchez, el Tato, y Antonio Carmona, el Gordito, acompañados de sus respectivas cuadrillas de banderilleros.

Salió el tercer toro que era de Miura y correspondía al Gordito. Al tocar á banderillas, presentóse en el redondel, con los palos en la mano, un peón joven, apuesto y elegante que alegró al toro, lo citó, y esperándolo a pie firme, le clavó en los rubios un soberbio par al quiebro.

Una inmensa ovación acogió la ejecución de aquella suerte, en la cual, la precisión, la serenidad y la gallardía del banderillero, llamaron la atención extraordinariamente.

En el año siguiente de 1864, apareció el banderillero aquel, como sobresaliente de espada, en el cartel de la 8.^a media corrida, verificada el 23 de Mayo, con las cuadrillas del Tato, Gonzalo Mora y el Gordito. El lunes 13 de Junio y en la 11.^a media corrida de aquella temporada, torearon seis toros de Miura, Cúchares, el Gordito y Villaverde, figurando como sobresaliente Pablo Herraiz, y en esa corrida mató el

quinto toro, por cesión del Gordito, el banderillero que tanto se lució al clavar el par quebrando de que queda hecho mérito.

En la corrida de Beneficencia celebrada aquel año el 3 de Julio, lidiáronse cuatro toros de D. Joaquín de la Concha y Sierra, dos de D. Antonio Miura y dos de D. Cándido López, de Ejea de los Caballeros (Zaragoza) nuevos en la plaza de Madrid.

El notable banderillero, que no era otro que Rafael Molina, mató el setimo toro y fué arrollado, cogido y herido en un muslo por el octavo, que pertenecía á la ganadería de Concha y Sierra.

Hé aquí cómo relata este notable incidente Pérez de Guzmán en sus *Toreros cordobeses*:

«Después de haber ejecutado esta suerte (la de matar), repitiola en la tarde del 3 de Julio de 1864 en un toro de Miura, y habiéndolo pasado de mula con cinco naturales y cuatro de pecho á la perfección, y muerto de una magnífica estocada magistralmente colocada en el sitio propio que el arte indica, saltó á la arena el toro sexto de la corrida, perteneciente á la ganadería de Concha y Sierra, y Lagartijo se encontraba recibiendo los plácemes del público y recogiendo del redondel los muchos cigarros que por todas partes le arrojaron. El toro, rebozado por delante de los caballos en las primeras suertes de vara, habíase venido entre los toriles y puerta de la cuadra, y encontrándose con él Lagartijo, quiso éste, hechándose (*sic*) hácia los medios, darle un cuarteo ceñido y con él salvar la embestida, pero las facultades del toro, fresco y recién salido de los chiqueros y la querencia natural hacia estos, hizo que, ganándole la acción y el terreno, le alcanzase, recogiéndole y dándole un puntazo de consideración en el muslo derecho y en su parte interior, ocasionándole algunas contusiones, efecto de la caída violenta que sufriera. Instantáneamente alzóse del suelo con el rostro lívido de ira y el traje descompuesto y con auxilio de su capote burló repetidas veces á la fiera en varios lances entre la emoción más profunda de los espectadores y el frenesí con que le victoreaban. Pasada tal escena, fué retirado á la enfermería, donde los facultativos atendieron á la curación de su herida, de la cual, restablecido con celeridad, marchóse á torrear con su matador Carmona á Cádiz.»

Así comenzó su carrera en Madrid el aplaudidísimo banderillero del Gordito que tanto y con tanta justicia llamó la atención del público al presentarse por primera vez en la plaza

de la corte, el día 13 de Setiembre de 1863

Se restableció tan rápidamente Lagartijo de la herida recibida el 3 de Julio, que ya el 28 de Agosto mató los dos últimos toros de la corrida en que estoquearon los cuatro anteriores José Ponce y el Gordito. Rafael figuró en esta corrida como sobresaliente de espada, con la obligación de matar los dos toros susodichos.

En la corrida extraordinaria, con división de plaza, celebrada el 29 de Setiembre de aquel año, el Gordito mató los tres toros de plaza entera, y Mariano Antón y Lagartijo, los tres en división.

Al año siguiente, Rafael figuró como sobresaliente en la corrida del 4 de Junio, con Cayetano y el Gordito de matadores, y estoqueó los dos últimos toros. En la del 19 del mismo mes hizo lo mismo y mató dos toros portugueses.

Llegó el año de 1865; y en la corrida verificada el 15 de Octubre, Cayetano Sanz dió la alternativa á Rafael Molina Lagartijo, quien mató, con extraordinario aplauso, el toro *Barrigón*, de la ganadería de doña Gala Ortíz, de una magnífica estocada. El bicho había tomado trece varas, matado dos caballos y recibido dos pares y medio de banderillas.

Como detalle bastante curioso, hay que hacer constar que el cartel de dicha corrida decía:

«Espadas—Cayetano Sanz, Antonio Carmona (el Gordito) y Rafael Molina (Lagartijo) que alternará por primera vez en esta plaza, confiando, mas bien en la indulgencia del público que en sus propios merecimientos, y procurará desempeñar con el mayor lucimiento, desde esta corrida, las obligaciones que le impone su nueva categoría.»

Las simpatías del público por el novel matador se mostraron de tal manera, que al año siguiente de haber tomado la alternativa, figuró ya Rafael escriturado como tercer espada, para toda la temporada de 1866, con el Tato y el Gordito, dando principio, por tal concepto, á sus tareas en la corrida de inauguración celebrada el 1.^o de Abril de 1866, en la cual se corrieron tres toros de D. Ramón Romero Balmaseda (antes Barquero) de Sevilla, y tres de D. Esteban Antonio Oliveira, de Lisboa.

¡Qué carrera tan rápida y tan brillante! Tres años habían bastado en Madrid al banderillero discípulo del Gordito, para ocupar á su lado la categoría de matador por toda una temporada. Aún no había cumplido Rafael los 25 años, no era todavía mayor de edad y ya le era dado

medir sus fuerzas como espada, con el Tato y el Gordito.

Quien así comenzaba á ganar terreno, no podía permanecer estacionario. Rafael luchó y luchó con todo el que se presentó delante, con Cúchares, con el Tato, con Bocanegra, con el Gordito.

Tenía quienes le estimulasen y trabajó como un valiente, no tratando de establecer competencias anunciadas á tambor batiente, como había de hacerle más tarde, sino con el afán natural y noble de quien desea adelantar en su carrera, estableciendo reciprocidad entre las simpatías del público y las facultades y la voluntad del torero.

Se ha censurado ácremente á Lagartijo su pretendida competencia con Antonio Carmona. ¡Competir el discípulo con el maestro! se ha dicho. Eso es indigno!

Y por qué ha de ser indigno? Si un discípulo torea al lado de su maestro, ¿debe acaso cruzarse de brazos, y procurar que una reserva voluntaria haga destacarse el trabajo de quien le adiestró en los lances de la lidia?

¿Tenía la culpa Lagartijo de que, al revelarse en él el matador de toros, ofreciesen sus cualidades, por tal concepto, más garantías al público que las cualidades del Gordito?

Entre Antonio Carmona y Rafael Molina no hubo jamás más competencia que la que arrancaba lógica y naturalmente del mérito de ambos como matadores de toros. Y como Rafael se mostró, sin gran trabajo, superior á su maestro en el arte de estoquear, no hubo, ni pudo haber competencia.

Ahora, si en el terreno personal ocurrió algo entre discípulo y maestro, esa es cuestión que no interesa á nadie; así como nada tiene que ver la superioridad de Rafael sobre Carmona, como matador de toros, para la inmensa y decisiva influencia que éste ejerció en la carrera de Lagartijo. A su tiempo hablaré de esto con la detención que merece.

Lagartijo peleó como queda dicho, con todo el mundo, sin envidias ni rencores, con la hermosa emulación de quien quiere adelantar en su carrera, procurando imitar y mejorar, si es posible, lo que hacen los demás.

¿Se quiere una prueba de que Rafael, en aquel tiempo, llevaba su valentía hasta peligrosos extremos? Y se quiere á la vez, la prueba de que no era Lagartijo quien buscaba rivalidades, sino otros matadores los que no podían mirar con buenos ojos la preponderancia que el joven diestro cordobés iba adquiriendo de día en día?

Voy á presentar inmediatamente esa prueba. Siento en el alma exhumar documentos de cierta índole, pero, imparcial, ante todo, tengo que hacer historia y atenerme á los resultados de la misma. Ahora, escuche el lector.

El 29 de Junio de 1870 verificóse en Cádiz una corrida de toros. Conviene advertir que Cádiz se distinguió siempre por su pasión por el Gordito; que en Cádiz fué donde estuvo la tropa sobre las armas, en ocasión de verificarse, en 1868, una corrida de competencia entre el Tato y Antonio Carmona, y que de Cádiz salieron ciertos escritos que proclamaron al Gordito *gloria del arte*.

En dicha corrida de 29 de Junio de 1870, corriéronse por primera vez en aquella plaza seis toros de la antigua ganadería de Siguri, propiedad entonces de D. Manuel Jesús García, vecino de Sevilla. Eran matadores, Antonio Carmona y Rafael Molina.

Hé aquí lo ocurrido en la lidia del cuarto toro, tal como lo relata el corresponsal en Cádiz de *El Enano*, en correspondencia titulada *Toros en Cádiz*, inserta en los números del 11 de Julio y 18 del mismo mes de aquel periódico.

«El cuarto, *Pajarito*, colorado, ojo de perdiz, cabeza de respeto, astilargo, de muchos piés, y recargando en algunas puyas. *Lagartijo* se va á los medios y espera al toro, hincado de rodillas, dando un cambio tan perfecto, que recibió una ovación de los que lo vieron.

«Onofre señala cuatro buenas varas, sacando herido el caballo dos veces; á los quites *Lagartijo*; y el *Gordo*, que sentía los aplausos que aquél conseguía, se agarra á la cola del toro, sin haber para qué; Calderón agarra carne en dos, sacando herido el caballo y viniendo al suelo en otras dos, con bastante exposición, perdiendo dos caballos. *Lagartijo* colea entonces al bicho, y el *Gordo* también volvió á hacerlo, entablándose entre los dos una especie de lucha, coleando y jugando ambos.

«El público que conocía el derecho que *Lagartijo* tenía con este toro que le correspondía, silbaba y chillaba al *Gordo* para que se limitase á hacer los quites que pudiese, dejando en libertad á *Lagartijo* de lucirse. El señor gobernador llamó al palco al *Gordo*, amonestándole para que siguiese la suerte de vara, que sin razón había éste paralizado. Marqueti planta tres buenas varas, el *Gordo* vuelve á coger la cola del toro, y *Lagartijo* le coge los cuernos y juguetea, quedándose parado delante de la misma cara, por lo que es frenéticamente aplaudido.

«Benito Garrido y Rafael Bejarano salen con los palos, y Rafael Molina los pide á éstos; saca un pañuelo, lo planta en el suelo, y sobre él intenta dar el cambio.

«*Pajarito*, que por efecto de los coleos se hallaba apurado de patas, conservando sólo su condición de bravo, tan pronto ve á *Lagartijo*, se le arranca muy sobre corto y no por derecho, y el diestro, con demasiada vergüenza, en vez de echarse fuera, se mantiene para dar el cambio, como sucedió, y mete los brazos, se queda el bicho en la suerte, y *Lagartijo* es cogido con el cuerno derecho y tirado al suelo, haciendo el toro por él dos veces, sin conseguir recogerlo del suelo, defendiéndose también con las piernas dicho espada, mientras llegaron los muchachos, especialmente *Gallito*, que fué el primero.

«*Lagartijo* se levanta y pide palos, y en el momento le vemos que se echa las manos á la pierna izquierda, oprimiéndose esta: lo cogen entre varios y es conducido á la enfermería.

«En el mismo instante (vergüenza nos da el referirlo) Antonio Carmona, el *Gordito*, coge un par de banderillas con ánimo de ponerlas: el público, que con su silencio hacía patente el sentimiento recibido con la cogida de *Lagartijo*, se levanta indignado como una sola persona, y obliga á este torero á que entregue los palos que tenía en la mano.

«Obligado á soltarlos, Benito Garrido, *Villaviciosa*, coloca dos medios pares cuarteando y Juan Yust, uno bueno lo mismo.

«El *Gordito* trastea con doce naturales, once con la izquierda, cinco sin nombre conocido y todos tan ceñidos, que el público no cesa de silbarle, y mucho más, cuando da dos pinchazos retomalos; lía de nuevo y concluye con una corta á volapié de lejos.

«Reconocido *Lagartijo* por los facultativos, resultó tener una herida situada en la región anterior y externa del tercio inferior del muslo izquierdo, como á tres traveses de dedo de la articulación, de pulgada y media de extensión, perfectamente horizontal, con relación á la dirección del hueso y de tres pulgadas de profundidad en dirección arriba y á fuera, que solo interesa la piel, tegido celular y fibras musculares y aponeuróticas, cuya herida fué clasificada de leve por el señor facultativo de plaza don José Arizmendi, que le hizo la primera cura, siendo conducido, concluida esta, en una camilla á la fonda.»

Hasta aquí la relación del hecho.

Véanse las apreciaciones del corresponsal de *El Enano*, en el resumen de su revista.

Después de hablar de los jugueteos del Gordito y de *Lagartijo* con el cuarto toro, añade: «Todavía nos quedaba que presenciar más: ¡quién lo hubiera creído! habían pasado estos juegos, estábamos en la suerte de banderillas, *Lagartijo* sale herido. Lo conducen á este á la enfermería, y no había llegado aún, cuando un

mal compañero se atreve á coger banderillas, como dando á entender la alegría que le embargaba.

«En la vida hemos visto una reprobación mayor que la que sufrió este compañero llamado el *Gordito*, en el instante de coger los palos. Ni una sola persona quedó sentada, tal era la indignación que les causaba la conducta de aquel torero. Ese mismo público, con la emoción profunda por la cogida de Rafael, recobra sus fuerzas y con sus gritos y ademanes, enseña, que no por la ausencia del herido iba á hacer el *Gordo* cuanto se le antojase.

«*Lagartijo*, desgraciadamente, se hallaba fuera de la plaza; el público había quedado allí para velar por él. Sabe Dios lo que le hubiera sucedido al *Gordito* si entre los que le silbaban hay uno con los mismos sentimientos que á él le adornan. Un público que se conduce así, dando pruebas de su sensatez y buenos sentimientos, merece los plácemes de todos.

«Antes de concluir, diremos que Antonio Carmona ha tenido la culpa de la cogida de esta tarde. Es verdad que era el más antiguo y el jefe de la lidia, en general; pero Rafael Molina lo era, en particular, de los toros que á éste le tocaba matar, y por esta circunstancia, todo cuanto el último quisiera hacer con sus toros (dentro del arte se entiende) estaba en sus facultades, y no que el *Gordo* con sus inconveniencias, buscó lo que todos lamentamos.»

Estas eran las competencias que el discípulo predilecto de Antonio Carmona, sostenía con su maestro.

Repito, que me duele mucho tener que reproducir ciertos documentos que los aficionados modernos desconocen por completo, pero como este libro es de historia y es de crítica, necesito limpiar á *Lagartijo* de ciertos pecados que se le han imputado con sobrada ligereza.

Por lo demás, hay que leer los comunicados que el Gordito dirigía al periódico sevillano *El Porvenir* en Noviembre y Diciembre de 1868, para comprender hasta qué punto tenían que ser infranqueables los abismos que Carmona colocaba entre él y sus competidores. Aquellos comunicados iban dirigidos á zaherir cruelmente al Tato, á consecuencia de haber hecho Antonio Sánchez promesa formal y pública de torear con todos sus compañeros, menos con el Gordito.

Así peleaba entonces la gente de pelo trenzado: con la pluma y con el estoque, en la plaza y en los periódicos, imputándose unos á otros el subvencionar á la prensa y regalar localidades á los alabarderos; de una manera, en fin, que pone de manifiesto la tristísima exaltación de los ánimos en aquellas horribles y cruentas luchas que, como siempre, fomentaban los parásitos de los diestros, esa cafila de mal llamados amigos que no podían enaltecer los méritos del ídolo, sino negando toda buena cualidad á su competidor.

Desde entonces hasta la fecha, ¿hemos cambiado algo? Respondan las personas imparciales. Algo podría decir yo con respecto á los que, capaces de venderse á cualquiera por un perro chico, juzgan á los demás, tomándose á sí propios por modelo, y no comprenden el entusiasmo puro, el entusiasmo desinteresado.

Pero no se debe jamás contestar á los imbéciles y á los canallas. Hay que compadecer á los primeros y despreciar á los segundos. Que es lo que he hecho y haré siempre.

Basta de digresión y volvamos á *Lagartijo*.

En la última corrida de la segunda temporada de 1867, anterior á la extraordinaria en que tomó la alternativa Frascuelo, Rafael sufrió una cogida.

Verificóse dicha corrida el domingo 20 de Octubre, rompiendo plaza un toro llamado *Sevillano*, negro bragado y corniabierto, perteneciente á la ganadería de D. Francisco Taviel de Andrade (antes de Vazquez), vecino de Sevilla.

En una de las varas que puso el Francés (Domingo Granda), *Lagartijo* remató el quite con un recorte, quedándose tan cerca de la cabeza, que el toro no tuvo más que estirar el

hocico para cogerlo con el cuerno izquierdo, suspenderlo y engancharlo.

Rafael cayó al suelo y el bicho le metió la cabeza dos veces, produciéndole dos heridas, una en un muslo y otra en una nalga. Conducido á la enfermería y luego á su casa, el herido curó al mes y salió para Córdoba, donde se restableció completamente en breve tiempo.

Llegó el año 1869 en el cual estaban contratados el Tato, Lagartijo y Frascuelo; y en la infausta tarde del 7 de Junio, acabó para el toreo el infortunado Antonio Sánchez. Lagartijo descabelló al primer golpe al toro *Peregrino*, de D. Vicente Martínez, que inutilizó al Tato para siempre.

El Gordito habíase visto precisado á huir de la corte, después de su desastrosísima competencia con el Tato, divorciado de un público con el cual había de intentar inútilmente hacer las paces, más tarde y en repetidas y desagradables ocasiones.

Cayetano Sanz estaba en el ocaso de su carrera. El Curro había muerto en la Habana el año anterior. Bocanegra no había podido adquirir carta de naturaleza en la plaza de la corte; Manuel Domínguez, cansado y sin facultades, toreaba á penas.

Además, ni la edad, ni el temperamento, ni las cualidades de Lagartijo le ponían en condiciones de tener, por aquel entonces, ningún rival.

Era necesario que la providencia le pusiera en frente á un torero, joven como él, como él animoso, que hubiera nacido contemporáneamente para la lidia y cuyas sobresalientes aptitudes fueran un acicate para lanzar por el camino del progreso á Rafael Molina que, de otro modo, estaba expuesto á no luchar y á no adelantar, por falta de combatiente.

En este preciso momento histórico, como se dice ahora, aparece, con oportunidad verdaderamente providencial, la figura de Frascuelo.

Busquemos á Frascuelo en Madrid, como hemos buscado antes á Lagartijo. Por ahora, me contento con relatar hechos y trazar la serie de paralelas que el estudio de Rafael y Salvador requiere.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

CARRERAS Y CORRIDAS

Por singular coincidencia, el toro y el rocínante arrastran una existencia semejante.

Aptitudes á la par les ha asignado el destino, al ganado caballar y al bovino;

y sin forzar argumentos se prueba la semejanza: auxilian buey y jumentos la labranza;

ambos son de historia larga; en los dos la fuerza admiro; lo mismo bestias de carga..... que de tiro;

y hacen en otras esferas distracciones escogidas para el pueblo, sus carreras ó corridas;

aunque es en la diversión tan inmensa la distancia, como de China ó Japón hasta Francia.

Se anuncia el *sport*, y el cielo se pone de mal talante, y tiende un oscuro velo, que, flotante,

el bello azul que atesora oculta á la admiración, y llora ¡vaya si llora! á chaparrón.

Llega así el aficionado á semejantes excesos, como es lógico, calado hasta los huesos,

luciendo airoso y bizarro, de elegancia sin igual, un rico traje..... de barro natural.

Dá comienzo el ejercicio, y va marcando los puntos, la campana, como oficio de difuntos,

y ya cuanto se presencia desde este mismo momento, es de extraña procedencia, y es violento.

El bruto, protagonista de tan desdichado ensayo, atraviesa por la pista como un rayo,

y el jinete que se ostenta sobre él orgulloso y hueco, más que á un hombre, representa á un muñeco;

y aunque parezca increíble, más en su mérito abona ser un átomo invisible de persona.

Por eso, si el alazán lo arroja por la cabeza, sus miembros á parar van á Hortaleza,

donde aplacan los dolores que en todo su cuerpo siente, casi á fuerza de licores, y aguardiente.

En eso estriba la gracia de esta elegante función; que debe á la aristocracia protección;

donde se juega al azar sin que los sienten la mano, y no se oye pronunciar castellano;

donde todo, hasta las botas, se imita del extranjero, por cuatro ó cinco patriotas con dinero;

y donde el pueblo sensato, vuelve lo mismo que ha ido, quejándose del mal rato y aburrido.

Hay toros, y sale el sol derramando sus tesoros de luz, y todo español va á los toros:

y en conjunto y en detalle, á medida que el sol brilla, se va animando la calle de Sevilla;

y la gente se abalanza á disputarse el papel, y aquel que billete alcanza ¡feliz él!

Pronto empieza el oleaje de los que á pie al circo van, y rueda hacia allí el carruaje con afán,

luchando en velóz carrera y en confusa algaravía el *ripert*, la jardinera y el tranvía.

Dentro ya del edificio, los acordes de la orquesta, acrecientan el bullicio de la fiesta.

En los diálogos se ofrecen las frases más ingeniosas, y las mujeres parecen más hermosas;

y en pintoresca amalgama véñese allí, el oficinista, la chula, el prócer, la dama y el artista.

Suena el clarín, indicando que la lidia va á empezar, y todos van ocupando su lugar;

y luego que la cuadrilla ha exhibido la belleza de sus trajes, donde brilla la riqueza;

agítase el blanco lienzo, salta la fiera en la arena, y al punto tiene comienzo la *faena*.

Los términos de la lucha despiertan gran interés, porque, si la furia es mucha de la res,

la destreza conocida del sereno lidiador, en burlar la acometida, no es menor;

y mientras las astas duras derriban al *jaco*, inerte, cortando sus amarguras con la muerte,

contiene el hombre la fiera venganza del animal con una débil barrera de percal;

y se admira de una parte la pujanza y el furor, y de otra, la gracia, el arte y el valor;

y no hay suerte, juego ó lance, de la fiesta en el trascurso, que gran aplauso no alcance del concurso;

y la gente divertida, sale con el sol poniente, pensando ya en la corrida subsiguiente.

Que es el arte de Pepete y que el *sport*, bien se vé, y del señor Navarrete, (Don José)

la impugnación á la fiesta, resulta papel de estraza; puede guardarla en su cesta de la plaza; (1)

que yo, en opuesto sentido, de acuerdo con el buen gusto, opino, propongo y pido, porque es justo,

que ya que el estado envía una suma regular al fomento de la cría caballar,

y protege una función traída del extranjero, con mucha mayor razón considero,

que debe aplicar tosoros más cuantiosos, sinó iguales, al fomento de los toros nacionales;

que aunque muchos dicen que es un bárbaro desatino, tanto gustan al inglés como al chino;

Y..... en fin ¡que viva la fiesta! y que somos muy toreros, y que para eso nos cuestalos dineros!

MARIANO DEL TODO Y HERRERO

Mayo 1886.

Damos gracias al notable aficionado E. Churras que por segunda vez favorece las columnas de LA LIDIA con sus escritos, y á continuación insertamos el resumen de las cuatro corridas de Valencia que nos ha remitido.

LAGARTIJO, FRASCUELO Y MAZZANTINI EN VALENCIA.

Sinfonía.

Las cuatro monumentales corridas de toros de la feria de Valencia, son un verdadero acontecimiento para todo aquel que se llame aficionado entusiasta á la fiesta española. La actividad valenciana hace de las suyas en todo cuanto atañe á este objeto. Se compran veinticuatro reses de las vacadas que en mejor lugar han dejado el hierro y los colores de la casa; se ajustan los tres matadores de más renombre; se preparan con esmero todos los servicios y detalles; el abono se abre y se cubre con dos meses de antelación; los *amateurs* hacen cálculos y vaticinios sobre los lancés que van á presenciar, á la vez que recuerdan con fruición corridas pasadas de indeleble memoria; los limpia-botas ejercen de revendedores, sobreponiendo al precio de los billetes, primas tan fabulosas, que causarían envidia á nuestros Noriegas y Eduardos; los *huerta-*

(1) *La cesta de la plaza*, comedia en un acto, original de dicho señor, estrenada en Variedades en Marzo de 1875.

nos invaden la ciudad, haciéndose lenguas de la *correguda de bou* á que asisten anualmente; y como adorno y complemento á tanta afición y tanta alegría, las magnolias y los jazmines, que embriagan con su perfume las brisas del mar Latino, que refrescan esta abrasada atmósfera, los ojos de las valencianas, que hacen bendecir la vida. Todo esto, iluminado, quemado más bien, por un sol africano que presta tonos calientes de vigor y energía á cuanto tocan sus rayos.

Ninguna población española puede competir con Valencia para hacer los honores que se merece una corrida de toros de gran trapío, lidiados por tres toreros de ánimo fuerte, que lleven en su corazón el secreto de las ovaciones.

Dos horas faltan para empezar la primera corrida. El centro de Valencia rebosa de gente y de carruajes; hasta mi calle (Trinquete de caballeros), tan solitaria y tranquila de ordinario, se vé cuajada de peregrinos que se dirigen con fervor á la que por espacio de cuatro días ha de ser la Meca del toreo. ¡A la plaza!

RAFAEL.

El de siempre; es decir, el de siempre desde hace dos ó tres años. Queriendo con los toros nobles que se hallan en condiciones especialísimas, ni sobrados de facultades, ni aplomados completamente. Afligido, sin recurso alguno, perdiendo todo lo que tiene de torero en cuanto una res pide solo que se le acerquen.

La campaña de este diestro en Valencia ha sido desastrosa, hasta el punto de que le será muy difícil, sino imposible, borrar el recuerdo que guardamos los que hemos tenido la desgracia de verle huir en las cuatro tardes.

En la primera, los dos toros de Benjumea que le tocaron en suerte, salieron del chiquero en busca de palmas para su matador. A pesar de ello, no se arrimó á su primero más que en los tres ó cuatro pases de tanteo, pinchó malamente dos veces, y mató de una estoca caída. En su segundo estuvo mejor; se *terró* con él en los ocho buenos pases que dió y se tiró á matar desde cerca, aunque sin llegar á la reunión, escupiéndose antes de efectuarla y dejando una de esas medias estocadas de muerte que pudiéramos llamar *rafaelinas*.

En la segunda corrida, los *miureños* traían las de Caín. En la muerte de su segundo estuvo desdichadísimo sobre toda ponderación. Pinchó doce veces sin dar un pase regular; sin mirar una sola vez el morrillo; entrando siempre al revuelo y á la media vuelta, sin poder afianzar un bajonazo, resultando de todo esto una de las bregas más largas, más silbables y menos *maestras* que hemos presenciado jamás. Mal también con sus otros dos miuras.

Pero lo que antecede, es miel sobre hojuelas si lo comparamos á las faenas empleadas en la tercer corrida con los Orozcos, que, dicho sea de paso, ninguna dificultad presentaron en el último tercio. En el primero, particularmente, huyó, tomó el olivo, tiró la muleta, perdió el menor asomo de tranquilidad é hizo cuanto pudo para demostrar á los valencianos que Lagartijo ya no quiere toros. Tumbó al tercero con un golletazo premeditado y alevoso, y acabó al quinto de mala manera.

Más vale no hablar ni señalar las hazañas de Rafael en la corrida de D. Vicente Martínez, jugada el último día. Aquello fué inaudito. Como heregía taurómaca, citaremos tan solo la muerte de su segundo toro, cuyo pescuezo atravesó de parte á parte, empleando para ello una estocada nueva: la *horizontal*.

Esta es la sucinta historia de las proezas de Rafael en Valencia. Ese es el *maestro* colosal, principio y fin del toreo moderno. Ese es el monstruo, el Napoleón, el Pontífice, el Rafael I, el Mahoma de la tan decantada, fina, novísima, elegante y valerosa *escuela cordobesa*. Ese es el diestro que

hace condolerse á algún revistero madrileño del hastío y monotonía que se nota en la plaza cuando él no torea; ese es el ídolo pagano de la afición *inteligentísima* de Madrid.

Bien sabe Dios que me duele en el alma tener que tratar á Rafael de la manera que antecede.

Sin embargo, de él depende volver á ser el Lagartijo de antes. Después de Valencia, San Sebastián; ahí tiene la revancha el cordobés. Y si en las márgenes del Turia hemos tenido necesidad de censurar su trabajo, nos complace en extremo la esperanza, la casi seguridad de que á orillas del Cantábrico proporcionará la ocasión de premiar su trabajo con ruidosas ovaciones. Lo deseamos de todo corazón.

SALVADOR.

Con el santo de espaldas. Toreó bien al segundo de Benjumea, dándole la lidia que pedía; pinchó una vez en su sitio, y concluyó con una honda contraria, entrando como el entra.

Pero vino la desazón en forma de toro, berrendo en negro, capirote, de muchos pies, lidiado en tercer lugar, y apellidado *Banderilla*. Tomó tres puyazos, repuchándose, volviendo la cara en dos ocasiones y saliendo siempre de naja. En la cuarta vara, y después de un tumbo á Cirilo, arrolló á Salvador en la huída, volteándole y arrojándole al suelo con violencia. Los capotes de Rafael y Luis muy oportunos, sin que pueda precisarse cuál de los dos fué el que logró hacerse con el buey. Frascuelo resultó con un puntazo en el muslo izquierdo. Después de curada la herida, y desoyendo las reflexiones del doctor Albiol, volvió á coger estoque y muleta para despachar al quinto, cuando á duras penas podía sostenerse en pie. Después del incidente no pudo tomar parte en las tres corridas sucesivas.

Nos figuramos los deseos y propósitos que Salvador traía á Valencia. La cosa ha resultado de tal manera, que la victoria era segura y decisiva, si el toro *Banderilla* no hubiese opinado lo contrario. Sin embargo, debe consolarle la idea de que ni un solo momento ha dejado el público de lamentar su ausencia de la lidia; se salía todas las tardes de la plaza pronunciando su nombre, y por las noches en la Alameda, cuando se hablaba de toros y se comentaban los lances de la corrida, terminaba siempre la conversación exclamando: ¡Si hubiera toreado Frascuelo!

MAZZANTINI.

Superior á Lagartijo en la muerte de sus toros. Cada tarde vemos en Mazzantini adelantos visibles, sobre todo, desde la última corrida de beneficencia en Madrid.

La muleta adquiere de día en día más unidad; tiene ya defensa, y empieza á adquirir el castigo; el capote va tomando algunos movimientos finos que antes no tenía, y parece que los pies tienden á bullir menos. El momento crítico del *cuadro* es perfecto y artístico, y á la entrada á matar no se le puede pedir nada en la mayoría de las ocasiones.

Ha hecho dos valientes peleas, con el sexto de Benjumea y el segundo de Orozco. Toreó en corto y ceñidísimo en estos dos toros, acabando con sus vidas de dos bravas estocadas, si bien la del Orozco se descolgó algún tanto por un movimiento del animal. Estas dos faenas es lo único que hemos podido aplaudir con justicia durante las cuatro tardes.

Lo demás que hemos visto en Luis ha sido regular, sin llegar nunca á lo malo, y sin hacerse pesado una sola vez.

En alguna ocasión ha cuarteado al entrar, y esto es imperdonable en quien como él se halla rebosando facultades, y tiene en su mano izquierda el secreto del *cruce* de salida.

Muy bravo con el capote. Echando la carne en el asador siempre que un toro mira de mala manera á un compañero.

Somos de los que auguramos mucho bueno de Mazzantini. Según nuestra opinión, va en tren expreso por el camino de los grandes matadores. Si Dios le libra de un descarrilamiento, el tiempo nos dirá si hemos acertado.

Notas sueltas.

El ganado, en general, ha cumplido, sin haber resultado ningún toro sobresaliente; no puede decirse que hayan dejado de dar juego. Han quedado encima los de Miura, siguiendo á éstos los de don Vicente.

Entre la gente de á caballo, los aplausos y los cigarros han sido, como era de esperar, para Agujetas y Badila, que son muy bravos y trabajan cuanto pueden y saben. Han ingresado en la enfermería, con lesiones más ó menos graves, Cirilo, Juanerito, Juan de los Gallos y Matacán.

Ostión es el que ha quedado mejor con las banderillas. Manene, Pulguita, Mojino y Guerrita han puesto también buenos pares, aunque en lo general hemos visto pocos palos en el morrillo. Mojino ha entrado dos ó tres veces por el lado izquierdo, con bastante lucimiento.

Juan Molina y Victoriano, superiores con el capote; bueno el Barbi.

En el quinto toro de Orozco, el público pidió que pareasen los matadores. Luis cogió los palos y se los cedió á Rafael, que rehusó el ofrecimiento. Mazzantini dejó dos buenos pares al cuarteo y uno á la media vuelta. Lagartijo pareó el sexto toro con un par abierto y dos medios.

Muy mal la dirección del ruedo; la plaza en la más espantosa de las anarquías. Esto se lo contamos particularmente á los madrileños que lo ven todo de color de plomo.

Los servicios muy buenos, y excelentísimo el de caballos y *parrandas* (monos sabios). Han muerto en plaza 55 jacos.

Dos llenos completos y dos semillenos. Asfixiante el calor, particularmente la última tarde, que reinaba Poniente, y se respiraba fuego.

Han terminado las corridas. Deberes imperiosos me llaman á Madrid, cuando Valencia presenta más atractivos y se dispone á presenciar la magnífica cabalgata histórica que tendrá lugar el día 28.

En la calle espera el carruaje que ha de trasladarme á la estación para tomar el tren correo.

En Valencia, el deseo. En Madrid, el deber.
¡Paciencia!

E. CHURAS.

Valencia 27 Julio.

En el almacén de papel de Gallego y compañía, Carrera de San Jerónimo, 2, se hallan de venta ejemplares del retrato de *Lagartijo*, estampados sobre raso, al precio de 10 pesetas. Se remitirán á provincias mandando con el pedido 12 pesetas.

ANUNCIOS.

¡¡ Duro ahí !!

AYUDA QUE PRESTA Á LOS IMPUGNADORES DE LAS CORRIDAS DE TOROS,

JOSÉ SANCHEZ NEIRA.

Precio: UNA peseta.

EL FRAILE DEL RASTRO,

EDUARDO DEL PALACIO (*Sentimientos*).

Precio UNA peseta.

EN PRENSA.

LAGARTIJO Y FRASCUELO Y SU TIEMPO

POR

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.



II. Ferea

Baranova